

PANEGÍRICO
DE SAN FRANCISCO CARACCIOLO,
FUNDADOR DEL ÓRDEN DE CLÉRIGOS REGULARES MENORES.

*Sic nos existimet homo sicut ministros
Christi.*

A nosotros nos ha de considerar el hombre como unos ministros de Cristo.
(I Cor. iv. 1.)

¡Cuánto placer experimenta mi corazón en este momento, al verse tan dulce y sabrosamente empeñado! Me habeis invitado á venir á haceros el panegirico del gran Francisco Caracciolo: si bien se considera, el objeto es muy superior á la humana fragilidad; necesario seria hallarse situado en las elevadísimas alturas de la cristiana perfeccion. Si, por otra parte, me considero á mí mismo, por demás es decirnos mi inutilidad y mi notoria flaqueza para emprender tan noble y santo empeño. Pero si vosotros, y yo el primero, levantamos al Cielo nuestros ojos, la fé nos enseña, que de allí, del mismo sòlio del Eterno, desciende todo lo que es bueno, todo lo que es perfecto; nos enseña, además, que el Omnipotente se complace en colmar de sus dones á los que, menesterosos, se los imploran y piden; nos enseña, por último, que debemos pedir, y pedir con filial confianza. Pidamos, pues, vosotros y yo, y no dudemos alcanzar lo que justamente pidiéremos.

Vastísimo campo nos presenta la vida de nuestro Francisco Caracciolo; imposible nos seria reducir á pequeño cuadro la pintura de tan ilustre vida, el diseño de tamañas virtudes. Aunque todo es grande, todo es digno de nuestra mayor admiracion en Caracciolo, para acomodarnos mejor á nuestra pequeña comprension y al mayor fruto de nuestras almas, voy á concretarme á probar en este breve rato, que S. Francisco Caracciolo se mostró verdadero ministro de Jesucristo. Primeramente, por su humildad; en segundo lugar, por su celo; y por último, por el fervor de su caridad. Ved, católicos, el objeto de vuestra atencion y de mi discurso.

Virgen purísima, alcanzadnos, á mi luces celestiales para hablar dignamente de tan dulce y amable Santo, y á estos mis oyentes gracias copiosísimas para que mis palabras fecunden sus corazones. Así os lo pedimos. A. M.

Uno de los grandes misterios del corazón humano es su propension natural á la imitacion de lo que juzga convenirle, ó de lo que le es simpático. La doctrina ejerce, en efecto, una grande y feliz influencia en el entendimiento; pero de ninguna manera comparable al ascendiente del ejemplo sobre nuestro corazón. Nuestra naturaleza se muestra tan dócil á la imitacion, digo más, se siente tan arrastrada por el ejemplo, que se podria muy bien decir, que éste es el primitivo maestro, el natural pedagogo de la naturaleza humana. Constándonos esta verdad por la cotidiana experiencia de cada uno de vosotros, inútil es detenerme en demostraros este hecho constante, universal, evidente. Luego, consecuencia que deseo tengais muy presente; luego, esta propiedad de nuestra alma á inclinarse, á propender á la imitacion, es una propiedad nativa, ingénita, que le ha sido comunicada y como esculpida en el foadó de su ser al hombre por el autor divino. Nada tiene, pues, de extraño, que cuando nuestro divino Redentor y Maestro vino al mundo para enseñarnos una nueva moral, se hubiese propuesto ser nuestro modelo; modelo cuya imitacion, nos santifica en la mayor de las perfecciones.

A pesar de que la doctrina que venia á enseñarnos era divina, se dignó desde luego confirmarla con milagros que hablasen á nuestros ojos, para convencer mejor así á nuestro entendimiento; y para más obligar á nuestro corazón, su dignacion llegó hasta el punto de practicar primero Él, lo que queria que nosotros practicásemos despues de Él. ¡Bondad inefable de nuestro benignísimo Salvador, que tomó sobre sí todo el trabajo, para no dejar á nuestro cargo sino el provecho! ¡La imitacion de Cristo! Ved ahí compendiada toda la doctrina divina; ved resuelto el gran problema de la salvacion de nuestras almas; ved reunido y concentrado en un solo punto, eminentemente práctico, todo el conjunto de preceptos, leyes y consejos que nuestro divino Salvador se ha dignado prescribirnos y declararnos. Los Santos, inspirados de Dios, cuando han querido ser santos, no han hecho sino imitar á Cristo; Cristo ha sido su modelo; Cristo ha sido su guia; Cristo ha sido su camino. El bienaventurado S. Francisco Caracciolo, cuyos solemnes cultos celebramos, lo hizo así. Tomó á Cristo por su maestro, y se lo propuso como un modelo á quien imitar en todas sus obras y pensamientos. Su vida no fué sino una imi-

tacion continua de Jesucristo. Así lo ireis viendo en el discurso de ella, por el bosquejo que para hacer este panegirico más interesante á vuestro corazon, os expodré en este breve rato.

Nació nuestro Santo en el reino de Nápoles; fué hijo de don Francisco Caracciolo y de doña Isabel Baratuchi, de las principales familias de España y de Italia, ambos á dos piadosísimos, y que criaron al niño Ascanio, éste era el primer nombre de nuestro Santo, cristianamente, inculcándole desde su más tierna edad el santo temor de Dios. El nacer de padres nobles, acomodados, y más que todo, y sobre todo, cristianos, es un dón de Dios; dón muy grande y que ha concedido á muchos de sus santos. Esta solicitud con que Dios proporciona padres piadosos y constituidos en los altos rangos de la sociedad, exige de parte de éstos el esmerarse en la cristiana y santa educacion de los hijos que Dios les ha dado, y que tiene destinados á hacer sus santos. La Iglesia, digno intérprete de las voluntades del Altísimo y de su inefable Providencia, ha juzgado ser un gran dón del Señor el que nos hace, cuando de familias ilustres en santidad, virtudes y consideracion social, surgen los santos. La sabiduria divina lo dispone todo suave y convenientemente; y dignándose aceptar benévola y misericordiosamente nuestras instituciones sociales, siempre que no sean opuestas á su eterna Providencia, ni contrarias á su sagrada voluntad, nos enseña con su divino ejemplo á respetar las consideraciones sociales, fundadas en derecho, tradicion y necesidad.

Criado cristianamente por sus padres, manifestó nuestro Santo, desde niño, las más bellas inclinaciones, una tierna y fervorosa piedad, y una gran caridad para con los pobres. A los siete años estudió latinidad y retórica; emprendió despues la carrera de las armas, sin que su piedad se resfriase ni disminuyese en un estado que se juzga, muy erróneamente por cierto, como contrario á la práctica asidua de los deberes cristianos. Nuestro jóven Ascanio, aunque militar, supo de tal suerte combinar el exacto cumplimiento de la disciplina del soldado con el de las obligaciones del cristiano, que logró ser á un tiempo perfecto soldado y mejor cristiano. Los santos, católicos, no conocian esas pretendidas incompatibilidades inventadas por la malicia y sostenidas por una culpable indiferencia religiosa. En todos los estados ha habido santos, y santos muy ilustres; santos, que se han santificado cumpliendo exacta y religiosamente los deberes de su estado respectivo. Cierto, que hay estados más perfectos que otros; cierto, que hay estados que proporcionan más medios de salvacion que otros; cierto, que hay estados que alejan más que otros las ocasiones de pecar; cierto, en fin, que los hay llenos de escollos,

y que dejan abiertas las puertas á toda suerte de tentaciones. Pero, cuando la necesidad nos coloca en ellos, ó bien cuando la Providencia parece destinarnos á ciertos estados ménos perfectos, ó que ofrecen ménos recursos que otros para la perfeccion cristiana, el Señor nos auxilia con su brazo omnipotente; y si nos entregamos enteramente á Él, nos saca ilesos de en medio de los mayores peligros, y nos santifica en el cumplimiento de nuestro deber. El estado militar no fué, pues, para nuestro Ascanio, una ocasion de ruina, sino una prueba de su fidelidad.

La divina Providencia dispuso un sencillo acontecimiento, que decidió á nuestro virtuoso jóven á separarse enteramente del mundo. A los veinte años de su edad, y cuando todavía era soldado, tuvo una enfermedad en que se vió cubierto de lepra: apenas se declaró ésta, sus amigos todos le desampararon, lo cual le alligó sobremanera. La enfermedad se agravó tanto, que los médicos lo desahuciaron; y convencido él del riesgo inminente que corría, y aún de su próxima muerte, ofreció al Señor abrazar el estado religioso y entregarse á su servicio si recobraba la salud. Su curacion fué repentina y milagrosa. Una vez restablecido de su enfermedad, se sintió tan tocado interiormente de la gracia divina, que se determinó á consagrar su vida al servicio de Dios, al ministerio de su Iglesia y á la salvacion del prójimo. Su fervor fué tal, que su obispo le juzgó en breve apto y maduro para el santo sacerdocio. Cada paso que nuestro Caracciolo daba en el santuario de la Iglesia, era un adelantamiento espiritual para su alma; y ya no podia contentarse su corazon con el alimento ordinario: le era necesario un campo más vasto en donde dar ensanches á su caritativo y fervoroso corazon. Meditaba en sí mismo los medios de agradar más y más á Dios; buscaba las ocasiones de hacerse útil en el ejercicio de su ministerio sacerdotal. Con esta disposicion, se dedicó con ardor á asistir á los moribundos, y, especialmente, á los que estaban judicialmente sentenciados á muerte, á quienes exhortaba á la penitencia y al dolor de sus pecados, á la resignacion cristiana, y al espíritu de sacrificio en expiacion de sus crímenes, acompañándoles en fin hasta el mismo patíbulo.

Mucho era el celo de nuestro santo Caracciolo, y toda la ciudad de Nápoles era testigo de sus virtudes apostólicas; por todas partes se le tenia por un santo y ejemplarísimo sacerdote. Sin embargo, todo esto parecia todavía poco para nuestro Santo, y no cesaba de pedir al Señor le llamase á un género de vida más perfecto todavía. En cierto dia púsose en oracion como de costumbre, pero con mu-

cho mayor fervor que de ordinario; y cuando se hallaba en lo más subido y como extático en su meditación, fué interrumpido, llamándole para entregarle una carta. En efecto; recibió una, que Juan Agustín Adorno enviaba á don Fabricio Caracciolo, y que por equivocacion entregaron á nuestro santo jóven, Ascanio Caracciolo. Leyóla éste y la devolvió; pero teniendo lo ocurrido por una disposicion de Dios, vióse con Adorno, le refirió todo lo acaecido, y se ofreció á trabajar con él en el establecimiento de una nueva Orden de Clérigos menores, segun Adorno habia sido inspirado de Dios. Amados míos en el Señor, para Dios no hay acaso: todo entra en el plan de su divina providencia. Nuestro Caracciolo se unió, pues, al venerable Adorno, y de consuno formaron las Reglas para su nueva Orden; pasaron de Nápoles á Roma para pedir la aprobacion del papa Sixto V; con la cual, de regreso á Nápoles, hicieron su profesion en el oratorio de la Virgen del Socorro, en 9 de Abril del año de 1589; en cuyo acto mudó nuestro Caracciolo su nombre de Ascanio en el de Francisco, á causa de la grande devoción que tenia al santo patriarca de Asís. Desde este momento una nueva éra se abre para nuestro Santo; hasta ahora se habia mostrado, es verdad, un digno ministro de Jesucristo. En él la humildad era igual á su celo, y su celo se igualaba con el fervor de su caridad. Asistía á los sentenciados á pena capital; en esto, demostraba á la vez su humildad, su celo y su caridad.

Su humildad, porque tenia que abajarse á un criminal, ponerse, por decirlo así, á sus piés, para pedirle una confesion sincera de sus pecados, un verdadero arrepentimiento de ellos; tenia que humillarse hasta suplicarle oyese á un ministro de la Iglesia, el que no habia conocido, el que tal vez no sabia lo que era obediencia, sumision, docilidad; tenia que conversar con un hombre condenado por la sociedad, de costumbres bajas, soeces, bárbaras. Mucha humildad era menester, en efecto, para no sentirse resentido de una cercanía tan humillante; mucho celo era necesario para no sentirse desanimado por la dificultad de la empresa; y en fin, la caridad debía ser fervorosísima, para arrostrar por todo, para no dejarse arredrar ni por la dureza de corazon, ni por los insultos, groserías y sarcasmos á que tenia que verse continuamente expuesto. Pero la humildad, el celo y la fervorosísima caridad de nuestro Francisco Caracciolo se acrecentaron en proporciones maravillosas desde que se vió al frente de la nueva Orden de Clérigos menores regulares, porque se propuso en todo la imitacion de nuestro Señor Jesucristo. Amados míos en el Señor; no dudo que más de una vez os habeis puesto de rodillas al pié de un crucifijo, y habeis meditado seriamente sobre la vida

del divino Crucificado. Si así lo habeis hecho, no me cabe duda de que vuestro corazon habrá quedado vivísimamente penetrado de la humildad de un Dios, que se abate hasta tomar nuestra naturaleza humana, y conversar con nosotros revestido de nuestra misma carne, queriendo aparecer en lo exterior como los demás hijos y descendientes de Adán. Y no solo esto, sinó querer ser reputado como el más vil de entre ellos, como un vil gusano de la tierra. Desde que nuestro Santo se vió llamado por disposicion divina para la fundacion de una Orden de Clérigos, fieles imitadores de Jesús, su solo empeño fué el de procurar que sus nuevos súbditos viviesen del espíritu de Jesucristo, de tal manera, que fuesen unas cópias fieles sacadas de tan divino modelo. Impuso á sus clérigos, además de los tres votos religiosos de obediencia, castidad y pobreza, un cuarto voto, de no desear ni aceptar ninguna dignidad cualquiera.

Mientras vivió Adorno, nuestro Santo hizo todos los esfuerzos imaginables para huir de todo cargo honorífico, aún en la nueva Orden; pero dos años apenas pudo disfrutar de su tan apetecido alejamiento de toda superioridad de cargos. Porque habiendo fallecido muy santamente Adorno, nuestro Francisco Caracciolo, á pesar de su extrema y aún obstinada resistencia, tuvo que tomar sobre sus hombros el cargo de superior de la Orden. Mas ¿creéis, católicos, que este cargo pudo hacer cambiar á nuestro Santo en lo más mínimo el género de vida humilde que habia observado desde su profesion? Muy al contrario; puesto nuestro Francisco Caracciolo al frente de toda su ilustre religiosa familia, se propuso seguir en todo el curso de sus funciones la divina máxima: «No ha venido el Hijo del Hombre á ser servido, sinó á servir á los otros.»

Mas á pesar de la profunda humildad de Francisco y de su amor al alejamiento de todo cuanto le hiciera aparecer grande á los ojos de los hombres, su ardiente celo por la honra de Dios y su caridad para con el prójimo le hicieron emprender una vida eminentemente apostólica. Abrasaba á su corazon un santo y vivísimo deseo de propagar su instituto; penetrado empero, de una celestial desconfianza en los medios humanos, encomendaba al Señor su empresa con frecuentísimas oraciones, lágrimas y ásperas penitencias. Tres veces viajó de Italia á España, pasando siempre muchos trabajos, yendo en hábito de peregrino, pidiendo limosna de pueblo en pueblo, de puerta en puerta. Sufrió con paciencia admirable los más duros tratamientos, las vejaciones más humilladoras. ¡Qué digo, sufrió! Todavía más: alegrábase en extremo en sus tribulaciones y trabajos, y su mayor gloria consistía en verse hecho el ludibrio de las gentes

con tal de ganar almas á su Dios, y de lograr la propagacion de la Orden que por su divina inspiracion habia fundado. Este celo de propagar su Religión de Clérigos regulares era el blanco de todas sus miras; y Dios mismo se dignó obrar, por la mediacion de nuestro Santo, prodigios asombrosos, con que, por una parte, declaraba la santidad de su siervo, y por otra, confirmaba de un modo irrefragable su divina aprobacion de esta nueva Orden.

A medida que veia acercarse el término de su vida, se esmeraba más y más en la perfecta imitacion del divino modelo, Jesucristo nuestro Señor. No solo era humilde, no solo era celoso, no solo era caritativo, sino que estaba adornado de todas las virtudes que constituyen al perfecto imitador de Cristo. Su pureza fué tal, que conservó pura é ilesea la santa virtud de la virginidad; de manera, que no solo salió victorioso de varias terribles tentaciones que le combatieron en su vida sacerdotal, sino que logró convertir á Cristo las almas de las infelices personas que le habian solicitado á perder tan preciosa joya. Conocía bien el alto aprecio con que nuestro divino Maestro distingua á esta noble y angelical virtud, los divinos elogios con que la encomiaba, y la alta dignidad á que la elevaba con su ejemplo y con el de su santísima madre Virgen; así es, que formó desde sus más juveniles años la resolusion de consagrar á Dios su virginidad para imitar más perfectamente á Jesús.

Su devocion á Maria era fruto natural de su piedad, de su pureza y de su amor á su santísimo Hijo. La acató siempre como su madre, y la veneró como su Reina y Señora. le ofreció su corazon de hijo para más obligarla como madre, y en toda ocasion le tributaba el más tierno y amoroso culto.

Una de sus principales devociones era la del augustísimo Sacramento del altar. Un santo, cuyo corazon estaba tan abrasado de amor divino, que por todas partes buscaba las trazas de las huellas del Salvador; ¿era posible que no se detuviese en este compendio de su amante omnipotencia? ¿Era posible, que un corazon hecho un incendio no abrasase los de sus hijos, nutridos en su seno, mecidos en sus brazos, reclinados en su pecho? Francisco logró muy fácilmente propagar esta seráfica devocion; y aún hoy día, se conserva en toda su pureza, en toda su fuerza y vigor por dó quiera tengan sus ilustres hijos una casa. Cuando hay simpatias en los corazones, las impresiones se comunican con la rapidez del fluido eléctrico: los hijos de Francisco Caracciolo reciben con su santa filiacion sus celestiales simpatias; y hé ahí el gran secreto de conservarse siempre vivas, siempre vigorosas, siempre puras las llamas del divino amor,

que sirven de vivientes lámparas ante la augusta morada del Dios sacramentado, y sacramentado por amor.

El eterno Remunerador habia ya contado los dias de la peregrinacion de Caracciolo, y no queria diferirle la recompensa de sus heroicos trabajos. Revelóle el próximo día de su tránsito: nuestro Santo recibió la noticia del día de su muerte con una alegría angelica, y no suspiraba sino por el feliz momento, que, desatándole de los lazos de la mortalidad, le permitiría volar al seno de su amado Jesús, que habia formado sus delicias en la tierra. Su muerte acaeció en la víspera del día del Corpus, como para invitarle á celebrar la fiesta del divino banquete en la pátria celestial, en donde podría verle, amarle y gozarle, no por entre las celosias de las apariencias sacramentales, sino cara á cara, frente á frente. Así se terminó esta vida preciosa, toda empleada en la imitacion de Jesucristo, y en el amor más acendrado al augusto Sacramento del altar. El Señor quiso manifestar al mundo la santidad de su siervo por medio de portentosos obrados por la intercesion del Santo, y con la prodigiosa propagacion de una Orden tan útil como perfecta.

Amados en el Señor, acabais de oír el panegirico de un Santo, cuya vida fué una perfecta imitacion de Jesucristo nuestro bien. Conocéis su humildad, su celo, su caridad, su amor al augusto Sacramento del altar; fué amantísimo de la pobreza; se gloriaba en los menosprecios que recibia por amor de Dios; conservó ilesea y pura la virtud de la virginidad. El Señor le enriqueció con el dón de profecía, con el de obrar milagros, y con ser él mismo un milagroso abreviado de virtudes. Réstaos el imitarlo en sus acciones, el ajustar vuestra vida á la suya, el ser, á su ejemplo, fieles imitadores de Jesús. No os arredre la dificultad del camino de la cruz. Si os parece que las fuerzas os faltarán, oid al mismo Señor, que os dice: «Mi yugo es suave y mi carga lijera.» Cuando se lleva la cruz en pós de Jesús, la más pesada es lijera; y todo se os hará fácil en el Señor.

Glorioso S. Francisco Caracciolo, mi alma os contempla con asombro, y mi corazon os busca con amor. Yo doy gracias en nombre de este piadoso auditorio al Dios Padre omnipotente, porque se ha dignado ofrecernos en vos un verdadero modelo de santidad y un amante protector. Bien veis los peligros que nos cercan por todas partes: alcanzadnos del trono de las misericordias un amor tierno, fuerte, constante al augusto Sacramento del altar, y la gracia de imitar fielmente á nuestro Señor Jesucristo durante esta nuestra vida, para verle, gozarle y amarle en vuestra compañía por toda la eternidad de Gloria.

PANEGÍRICO
DE SAN FRANCISCO JAVIER.

Magnus es tu, Domine, et factus mirabilia: tu es Deus solus.

Tú eres el grande, Señor: tú el hacedor de maravillas: tú sólo eres Dios.

(PSALM. LXXXV, 10.)

Si es cierto, como notaron muchos doctores, que un mismo estilo observa el divino y supremo Administrador y dueño de las humanas vicisitudes en los dos diferentes órdenes de la naturaleza y de la gracia, os ruego, hermanos míos, que hagais ahora conmigo una reflexión, cual es, que aunque sobre todas las cosas naturales haya Dios, como se dice en el Eclesiástico, derramado su sabiduría, y por lo mismo cualquiera que las examine con atención, reconocerá fielmente en todas ellas la mano del Criador; no en todas quiso mostrarse de un mismo modo, ni manifestar en todas tan claramente su magnificencia y su gloria. Con no fin tan sublime ha extendido ó abierto á manera de un libro los Cielos, cuyo especial oficio, segun el testimonio de David, es el contarse reciprocamente y el exaltar á un mismo tiempo con sus armoniosos giros las glorias del Señor; ó por decirlo mejor, en los Cielos mismos ha escogido como el lugar más conveniente para poner su magnífico tabernáculo, no el ménos adornado y bello, sino tan solo la pura é inmortal luz del sol. Por un estilo muy semejante sucede lo mismo en el órden más elevado sobrenatural de la gracia. Grande ciertamente y maravilloso es Dios, no puede negarse, en todos sus santos; pero de tal manera, que no en todos igualmente sino en cual más, en cual ménos, quiere que brille su grandeza. Hay tambien, permitidme decirlo así, en este mundo sobrenatural sus Cielos, en los cuales quiere Dios hacer ostentacion de su gloria con más clara y brillante luz; estos Cielos, en sentir del gran pontífice S. Gregorio, Cielos ricos de belleza y de luz, son los santos apóstoles, en cuyo número cuento al glorioso Santo de este solemne

dia, Francisco Javier. La Iglesia le ha aclamado por apóstol de las Indias; y yo añado, que es Francisco Javier uno de aquellos Cielos, cuyo brillantísimo giro eligió Dios para mostrar su grandeza al reverbero de una luz muy resplandeciente y singular. Despues de haberle examinado bien en todos sus actos, y procurado reconocer á nuestro apóstol en todos sus aspectos, encuentro que fué un hombre en quien Dios quiso mostrarse grande, solo grande, y grande sin reserva; grande, primeramente, y solo grande, por los inmensos trabajos que le hizo padecer en el ejercicio de su apostolado, confortándole para que los superase con una fortaleza más que humana; grande, en segundo lugar, y solo grande, por las innumerables y magníficas empresas para que le destinó en desempeño de su apostolado, animándole para que las llevase á ejecucion con una increíble celeridad; y grande, en fin, y solo grande, por los estupendos é inauditos prodigios con que le honró en el curso de su apostolado, ensalzándole para que los obrase con un poder casi divino. Esto es lo que me parece debo exponeros, no tanto para ensalzar la grandeza de Francisco, segun Dios, cuanto para ensalzar la grandeza misma de Dios en Francisco; por manera, que dirigiéndonos siempre á Dios digamos: Tú eres el grande, Señor, Tú el hacedor de maravillas; Tú solo eres Dios. Pidámos antes los auxilios de la gracia, por medio de la poderosa intercesion de la Virgen Santísima: A. M.

No nos detengamos, hermanos míos, á considerar ninguna de las grandes y maravillosas cosas que deja hechas Javier en Europa. Muy agradecidas conservan su memoria y hablan de ellas con asombro las más principales y célebres ciudades; toda la Italia, la Francia, y hasta donde llega la extremidad del mar, y su patria España, las ponderan. Por más que digan, al pintar en vuestra imaginacion con vivos colores un apóstol, no harán otra cosa que delinearos un Javier; ó al retrataros el carácter de Javier en Europa, únicamente os presentarán un pequeño bosquejo de Javier en las Indias. Y si en este aprendizaje ó ensayo de su apostolado pasó tantas penas y trabajos, que con su peso cayó mortalmente enfermo en Vicencia, habiendo sido necesario que viniera visible desde el Cielo el doctor San Gerónimo para curarle y sacarle del peligro; ¿qué será cuando se halle en el más impetuoso curso de su ministerio, y en la fuga, por decirlo así, de sus fatigas allá en el Oriente?

Parta, pues, ya de nuestras orillas, una vez que ha sido prometido há tantos años en muy claras profecias á los reinos del Asia, una vez que les pertenece por esta causa. Y tú, venturosa nave, que

llevas contigo sin saberlo las esperanzas de un mundo entero; vé y camina alegre con mercadería tan rica y excelente. Pobre y con un vestido andrajoso cual le recibiste y le ves, sin otro equipaje para tan largo viaje que un breviario y un crucifijo, es, sin embargo, descendiente y heredero de la sangre real de Navarra, doctor y maestro en la universidad de Sorbona, en las facultades más sublimes; nuncio y legado apostólico, condecorado con una amplísima y sobrenatural autoridad; y por lo demás, de un génio tan amoroso, que á todos quiere complacer y agradar; tan tierno de corazón, que no puede ver las miserias de otros sin sentirlas; tan duro, no obstante, é implacable consigo mismo, que para atormentar y despedazar su propia carne, ya con cilicios, ya con ayunos, ya con azotes, no conoce ningún exceso; tan querido del Cielo, que tiene de allí frecuentes visitas; y tan enamorado de Dios, que al contemplarle se arrebata en un dulcísimo éxtasis, enajenado de sus sentidos y elevado de la tierra aún corporalmente. Ya lo sabrás con gran provecho tuyo, afortunado leño, que impelido de los vientos te engolfas á velas llenas en alta mar, cuando dentro de pocos días veas desterradas por él la murmuración de los corrillos de los ociosos, y las blasfemias de las mesas de juego, é introducida la modestia en los camarotes de los licenciosos; y cuando le veas hecho médico, padre, enfermero, criado y todo de todos, asistir á todos y servir á todos; y además, confesar, predicar, administrar los sacramentos, velar por la noche al lado de los moribundos, casi moribundo él mismo; hasta que, despues de un viaje de más de quince mil millas, entre deliquios mortales en las calmas de la Guinea, entre bascas y náuseas intolerables cerca de las costas de África, y entre formidables tempestades cerca del cabo de Buena Esperanza, habiendo santificado de paso á Mozambique, reformado á Melinda y convertido solo con señas ¡oh señas prodigiosas! la isla de Socotora; llegó á los trece meses de haberse dado á la vela en Europa á poner por fin el pié dentro de Goa, capital de las Indias, y término suspirado de sus descos. ¡Ángeles custodios de aquellas últimas playas del mundo! desplegad, en señal de grande alegría, las alas, y partiendo veloces llevad á los miserables habitantes de aquellos remotos países la agradable noticia, de haber arribado ya á sus confines el esperado libertador.

Entretanto vosotros, mis amados oyentes, para concebir alguna idea de la árdua y molesta empresa para que estaba destinado Javier, echad, aunque sea de paso, una ojeada sobre una infinidad de poblaciones, de ciudades, de tierras, de islas, de provincias, de reinos esparsos por el inmenso Océano y por las costas del Asia, así del lado

de acá como del lado de allá del Ganges. ¡Qué oscura é impenetrable noche tiene en tinieblas aquellas regiones, y cuán densa nube de supersticiones, de pecados y de errores las cubre todas! ¡Qué extraña confusión y mezcla de sectas, segun el arbitrio de cada uno! Quien es judío, quien gentil, quien ateo, quien idólatra, quien mahometano, quien no profesa ninguna fé ni religion, y ninguno tiene conciencia ni ley. Mirad allí devorarse ¡qué cruel espectáculo! en un alegre banquete los miembros de los infelices que han sido muertos; allí arder vivas en las piras abrazadas de los cadáveres de sus maridos las mujeres; allí encerrados vivos en los sepulcros de sus señores los esclavos; allí adorarse con oraciones, con ofrendas y con inciensos como dioses del cielo las bestias y brutos de la tierra; y allí hasta degollarse en los nefandos altares, por hacer este horrendo sacrificio al demonio y á sus hijos. Donde brilla alguna noticia ó algun conocimiento del verdadero Dios, ¡qué deshonesta é insolente es como llevada en triunfo la impudicia, y qué vituperable libertad y execrable corrupcion de costumbres radicadas por el uso, sostenidas por la autoridad y aún acreditadas por los sacrilegos, se advierten en todas partes! Tal y mucho más escabrosa y dilatada que lo que digo, es la carrera que debe correr infatigablemente nuestro Francisco. El alto ministerio para que le ha elegido el Señor, es el mismo de Jeremías: el de extirpar y destruir, el de arruinar y disipar, el de edificar y plantar. Si, Francisco; ese interminable espacio de países, esas naciones, esas gentes están confiadas á vuestro cuidado. Vuestra ocupacion será, arrancar vicios, demoler templos, arruinar idolos, disipar errores, confundir sectas, erigir iglesias y fundar la cristiandad. ¿Qué decís? Una obra de inmenso trabajo y de dilatados afanes se ha puesto á vuestro cargo; mas ya os lo predijo bien claro aquel negro etiope, que os pareció en sueños llevabais sobre vuestros hombros con tanta fatiga, que os visteis extenuado, lánguido y lleno de sudor al despertar por la mañana. El tiempo, pues, ha venido, y ya os esperan destemplados climas, desiertas playas, horrorosos bosques, espantosas rocas, saetas, venenos, naufragios, tierras solitarias y pueblos salvajes, en los cuales ántes que el sér de cristiano debeis imprimir el sér de hombre.

Mas no teme Francisco ninguna de esas cosas. Cuidadoso tan solo de desempeñar fielmente su ministerio, se dispone para la empresa. ¿Á qué lejano é inaccesible rincón del universo os habeis refugiado, pueblos desconocidos, ocultándoos, por decirlo así, hasta de los rayos del sol, donde no hayan llegado los benéficos influjos de su caridad? ¿Estais por ventura extraviados y sepultados en el corazón del Océa-

no y en el seno de islas abandonadas? Sin embargo, Francisco irá á buscarlos atravesando los mares más borrascosos, á peligro muchas veces y por muchos días de naufragar en las airadas olas. ¿Estais acaso retirados y ocultos detrás de impenetrables trincheras de altísimos montes y escollos? No obstante, Francisco preparará con los piés y las manos por las ásperas rocas, teniendo muchas veces el cuerpo suspenso en el aire, y fiándose solo de un infiel vástago con manifiesto y evidente peligro de caer precipitado. Adonde quiera, pues, que os haya desterrado la naturaleza, se presentará á vosotros, sin detenerle, hasta que os halle, ni los valles más profundos que atraviesa sin guía ni sendero, ni los torrentes más rápidos que vadea con el agua hasta la garganta, ni las selvas más oscuras y espesas en que se abre camino con el pecho por en medio de las espigas y de los troncos. En una palabra, no hay quien se oculte de su ardimiento y actividad. Busca gentes por todas partes, siempre á pié, y muchas veces descalzo aún por las abrasadas arenas de la Pesquería; sufriendo ardentísimos soles, aún por las heladas montañas del Japón en los fríisimos inviernos. Y ¿cuál será su alimento para soportar tantas fatigas? Cuando no pasa los días sin ninguna especie de comida, toma un poco de arroz chamuscado y agua clara, y será un gran regalo añadir tal cual vez algun pecezuelo. Y su descanso ¿cuál es? De dos ó tres horas donde quiera que le anochece, en una choza, en el hueco de un roble, al raso ó al sereno, en medio de los campos, rodeado de lobos y entre el estrépito de las tempestades y los espantosos rugidos de los hambrientos leonés. Mas ¿no hay otro descanso? Si; pero éste solamente lo disfruta cuando llega todo mojado ó por el sudor, ó por las lluvias, casi sin respiracion y medio muerto, adonde se hallan algunas gentes, y las predica la ley de Jesucristo, las explica los misterios de la fé y las anuncia el Dios de los cristianos; y si en el discurso de su razonamiento observa, que alguno desea ser agregado á los fieles, olvidado todo su cansancio, comienza por estrechar tiernamente contra su pecho, como una madre amante, á cada uno de aquellos bárbaros, y luego prosigue, tan extenuado y débil como se halla, instruyéndolos uno por uno desde los primeros principios con indecible regocijo. Son feroces y los amansa, son ruidos y los enseña, son groseros y los tolera, son sofisticos y los convence, son tímidos y les inspira confianza; titubean acerca del camino que deben seguir y se lo muestra; siempre tanto más incansable y vigoroso cuanto mayor es el número de neófitos que prepara para el bautismo.

Harto sabe Francisco, que nueva y gran cosecha de penas y traba-

jos ha de coger con semejante conducta; y que por ella es mal visto, odiado y perseguido. ¿Pero de quién, oyentes míos? De todos: de los demonios, porque les quita sus adoradores y adoraciones; de los bracmanes, impíos sacerdotes de los idólatras en las Indias, porque hace cesar el concurso á sus templos y juntamente las ofrendas; de los bonzos, ministros idólatras en el Japón, que continuamente le buscaban con piedras en la mano para matarlo. Y ¿de quiénes más? De los cristianos mismos, unos sumamente codiciosos y otros sumamente lascivos. ¿Quién puede recordar sin lágrimas ni horror la terrible tempestad que padeció cerca del término de sus días, esto es, en un tiempo, que su nombre cuanto más su persona, celebre ya en todo el Oriente por las conquistas hechas á la idolatría, era un nombre venerable y glorioso aún entre los gentiles? Entónces fué, sin embargo, cuando llegó á ser el oprobio de una ciudad cristiana; cuando llegó á ser escarnecido públicamente como un simple, infamado como un hipócrita, ajado como un soberbio, aborrecido como un hechicero; y, de consiguiente, por la héz más vil de la plebe en las esquinas de las plazas y calles siempre que se le veía, recibido con maldiciones, improprios y pedradas. Tú lo viste, Malaca, tú, que derramaste sobre su cabeza tan atroz lluvia de males. ¡Ah ingrata! Y ¿por qué delito? ¿Acaso porque expuso demasiado su vida en servicio de tus apesadados moradores, ó porque amenazada tú de los Azenos, tus formidables enemigos, te libertó piadoso de un grande estrago defendiendo y ayudando á tus combatientes?

Mas vosotros, oyentes míos, viendo á Francisco tan triste y dolorido no le creais enojado ó cansado de padecer. Mostrariais conocer muy mal su magnánimo y fortísimo corazón, si asi os lo figuraseis. ¿No le habeis oido enajenado de su caridad hablar á solas con Dios, cuando con ojos proféticos miraba una por una las innumerables cruces y penas que habia de padecer en ejercicio de su apostolado? Aún es poco todo esto, exclamaba en alta voz; más, Señor, todavía más. ¿Qué penar es éste, Dios mío, que no me quita la vida? ¿Para qué son los impetuosos torrentes y terribles naufragios, que me hacen fluctuar tantas veces y por tantos días en medio del Océano, si ninguno me sumerge? ¿Para qué son aquellas temibles lanzas y saetas, cuya punta veo tantas veces dirigida á mi pecho? ¿Es posible, que sacándose algunas muchas gotas de sangre, no haya ninguna que me atraviese y parta el corazón? ¿Es posible, que entre fieras salvajes en las selvas y entre gentes en lo poblado, más salvajes que las mismas fieras, no encuentre alguna que por último me quite la vida? ¿Qué os parece, hermanos míos? Yo por mí creo, que un hombre, que

en el ejercicio de su ministerio está sujeto á tan horrible cúmulo de tormentos y no huye de ellos, que los encuentra y los supera, que no se abate con su peso, y que por muchos é intolerables que sean le parecen todavía pocos y desea más, es un hombre de una complexion y de una fortaleza más que humana, de una fortaleza que solo le ha comunicado aquel Dios, que es el Dios fuerte, y que quiere manifestarse grande y solo grande en tal hombre.

Así es, ciertamente; y aún mejor lo veréis, cuando fijeis vuestra consideracion en las innumerables empresas que concluyó Francisco con la mayor celeridad en cumplimiento de su apostolado. Francisco Javier, solo, extranjero y mendigo, atrae al seno de la verdadera Iglesia, solamente en diez años, un mundo entero: por sí solo dilata el conocimiento y la fé de Jesucristo por infinitas leguas de países; por sí solo lleva la luz del Evangelio á más de cien naciones; por sí solo arruina más de mil templos y hace pedazos más de ochenta mil ídolos; por sí solo y con su propia mano bautiza un millon y más de doscientos mil ídólatras; por sí solo somete más de diez reyes y más de diez reinas, príncipes y princesas; habiendo hecho todo eso únicamente en el espacio de diez años. Y ¿cuánta parte de éstos no dedicó á la oracion, en la cual empleaba todo el día, y muchas veces semanas enteras? ¿cuánta parte en escribir sus cartas, que componen dos volúmenes, y son una preciosa herencia que todavía conservamos de su ardiente espíritu y fervoroso celo? ¿cuánta en extender dilatadísimas instrucciones de todo género y en todas lenguas que nos ha dejado? ¿cuánta en gravísimos asuntos de la Compañía de Jesús, por ser superior de ella en aquellos lugares? ¿cuánta parte, en fin, no consumió en sus viajes, habiendo sido tan dilatados, que unidos bastarian para dar vuelta muchas veces al globo terráqueo? A todo este tiempo deben agregarse las horas que empleaba en el servicio de los enfermos, en lo cual tenia su mayor delicia; las horas que ocupaba en consolar y animar á los moribundos, en confesar y en reformar á los pecadores, en rezar el oficio divino, lo cual nunca omitia aunque estaba dispensado de ello, y en celebrar todos los días el santo sacrificio de la misa. Y aún con todo esto, ¿podia quedarle tiempo en diez años para obrar tantas cosas, que suministrarían bastante materia al celo de diez apóstoles?

Pero, hermanos míos, ahora es cuando, enajenado de asombro y fuera de mí mismo, no puedo de ningún modo figurarme á Francisco allá en el Oriente correr y fatigarse, sino en lugar suyo, aquel Ángel del Apocalipsis que describió S. Juan, y que volaba por medio del Cielo llevando abierto en la mano el Evangelio

eterno de Jesucristo, para evangelizar á todas las tribus, á todas las naciones y á todas las gentes. Y á la verdad; ¿cómo imaginar otra cosa? Seguid un poco, oyentes míos, si tenéis ánimo para ello, seguid un poco sus pisadas y huellas. Héle aquí ahora, en el estrecho de Manar, donde conquista cuatro mil ídólatras; héle, no mucho después, en Travancor, donde convierte diez mil; héle, puede decirse al instante, en la Pesqueria, donde bautiza cuarenta mil; héle, poco después, allá en las islas del Moro, donde agrega al número de los fieles sesenta mil. Este es el archipiélago de las Malvidas; ya lo ha corrido todo, y estas islas son de Cristo. Este es el archipiélago de las Molucas; ya lo ha corrido todo, y las Molucas son de Cristo. Este es el golfo de Bengala, ya lo ha corrido todo, y sus ciudades son de Cristo. Este es el vastísimo mar del Japón, ya lo ha corrido todo, y el Japón es de Cristo. Este es el reino de Cebeles, y aquel otro el de Ternate; ya los ha corrido ambos, y ambos reinos son de Cristo. ¡Válgame Dios! ¡ciertamente es un puro espíritu, ciertamente es un ángel lo que veo casi á un mismo tiempo en tantos y en tan lejanos países! Ya está en Cochín, ya en Amboino, ya en Rosalao, ya en Tamalo, ya en Nagapatan, ya en Mindanao, ya en Ceilán, ya en Camhaya, ya en Mazacar, ya en Meaco; edificando por todas partes iglesias, convirtiendo gentes, y haciendo fieles á centenares y á millares, hasta no poder levantar de cansados los brazos para derramar sobre la cabeza de los neófitos las saludables aguas del bautismo, y hasta poderlos comparar, como lo hizo la sagrada Rota romana, con las estrellas del cielo y las arenas del mar. Y ¡qué, fieles! Tan bien instruidos en su ley, que aún siendo niños, son maestros en ella, y pueden desafiar á disputar, y confundir y convencer á los maestros del gentilismo; tan firmes y constantes en profesarla, que ninguno de los convertidos por Javier, exceptuados los perdidos ciudadanos de Tolo, ha llegado, que se sepa, ni por amenazas, ni por tormentos, ni por la muerte á renunciarla. Y quien ha podido hacer tanto en tan poco tiempo. ¿será mero hombre? Yo por mí, repito, que veo volar un ángel, y no puede ménos de pareceros tambien lo mismo á vosotros. ¡Oh gran Dios! ¿Quién podia dar fuerzas á un hombre, para que en tan corto espacio de años hiciese por sí solo tantas cosas sinó Vos? ¿sinó Vos, digo, que en sus obras tan numerosas, tan grandes y efectuadas con tanta celeridad, debiais mostraros solo grande?

Y aún más grande se muestra Dios en los estupendos é inauditos prodigios con que honró el ministerio de nuestro apóstol, quien los hizo con un poder casi divino. Mas ¿por dónde he de comenzar? Y

¿cómo he de concluir, si todos los lugares del remoto Oriente están llenos de ellos, si todas las ciudades hacen mención de ellos, y todos los pueblos de ellos hablan; si los milagros que obró Francisco Javier son, según la sagrada Rota, tantos en número, tan admirables por su variedad, y tan extraordinarios por su magnitud, que no ceden á los milagros que obraron los primeros apóstoles; si sería milagro, como dijo un escritor, que Javier no obrase milagros; si sería, en fin, un gran milagro poder referir todos sus milagros? No obstante, traed á la memoria el largo catálogo que hizo el doctor de las gentes, de aquellas gracias, que suele Dios distribuir y repartir entre sus favorecidos según sus impenetrables decretos, y comparándolas con lo que se lee de Javier, vereis si se le negó ninguna. Comencemos. A uno se dá palabra de ciencia; y Javier muestra en sus palabras un saber tan profundo, que con una sola respuesta satisface á muchas preguntas, y aclara de una vez varias y oscurísimas dudas. A otro se dá gracia de sanidad, y las curaciones hechas por los méritos de Javier son muy prodigiosas. A otro se dá operacion de virtudes; y ¿no las hace Javier de todo género muy singulares y maravillosas? ¿A qué no extiende su virtud? La extiende á las pestes, y las ahuyenta de provincias enteras; la extiende á los demonios, y los desaloja de los ensergümenes; la extiende á los ejércitos de los bárbaros furibundos, y mostrándose con una figura gigantesca los rompe y desbarata; la extiende á la muerte, y la obliga á que le restituya vivos veinte y cinco muertos, unos de muchas horas, otros de muchos dias de sepultura, y otros tambien corrompidos en el sepulcro. A otro se concede la gracia de hacer profecías: ¿Profecías Javier? Más de cien mil, según un cálculo exacto, pudiera referir yo solo, escribe un hombre santo y sábio de aquellos países. Penetra lo más secreto de los corazones, y dice á uno: tú has pecado; á otro, tú estás discurriendo sobre tales y tales designios; á otro, tú has cometido tales y tales culpas, y todo es cierto. Ve como si estuvieran presentes las cosas distantes y remotas. A otro se dá pericia de lenguas: ¿Pericia de lenguas? Apénas estudia Javier una, cuando ya es maestro de ella. Habla con elegancia y velocidad más de ciento, todas dificultosísimas; predica en todas, en todas compohe libros; y aun explicándose en una sola se hace entender en todas las demás. Concluyamos y digamos, que asi como Moisés del Egipto y de Faraón, así Javier fué constituido por Dios su lugarteniente, árbitro de su mismo poder, y vice-Dios en todo aquel nuevo mundo; y puesto que de Moisés, dice la Escritura: mira que te he constituido Dios; con la Escritura y en el sentido de la Escritura misma digamos tam-

bien nosotros de Francisco, que fué constituido Dios. Es Dios del aire, y así lo oscurece con nubes á su voluntad, y á su voluntad lo aclara y serena: es Dios de los vientos, y á su arbitrio sujeta á unos, y á otros les da libertad; á éstos los destierra para siempre de tales mares, y á aquéllos los muda ó los vuelve: es Dios de las lluvias, y las tiene obedientes á sus señales: es Dios de las fieras, y mandándolas que no saquen ni anden por aquellas aldeas, no se dejan ver más: es Dios de las aguas, y las saladas las convierte en dulces, así como las estériles de pesca las hace fecundas: es Dios, en fin, de todo, pues todo depende de él, y de todo dispone á su voluntad. Y en efecto; por Dios le tenían los ciegos gentiles, por un Dios visible, por Dios del mar y por el mayor entre los dioses; y como á tal, unos le despacharon embajadas, otros le consagraron, y otros le erigieron templos; y aún hubo quien peregrinó seis mil millas por adorarle vivo.

Mas nó, gentes engañadas, Francisco no es Dios. Miradle, si queréis conocer claramente la verdad, miradle tendido en las playas de Sancian, oprimido con una enfermedad mortal, necesitado de todo y enteramente abandonado, esperar como cualquiera otro hombre el terrible golpe de la muerte. Así habeis dispuesto. Señor, que este vuestro fiel siervo, en quien quisisteis glorificaros tanto y por quien os dignasteis ser tan glorificado, despues de haber padecido tantas penas y obrado tantos prodigios por la dilatacion y exaltacion de vuestro nombre en bárbaras y remotas comarcas, privado al fin de todo humano consuelo, sin otro lecho que el desnudo suelo, ni otro refrigerio que algunos sorbos de agua y algunas almendras, ni otro albergue que una choza abierta por muchas partes y expuesta al soplo de la frísimas tramontana, acaso para que de este modo fuera una cópia más viva de aquel grande original crucificado, con quien hablando afectuosamente pasa el último resto de su vida, teniendo delante de los ojos el amado imperio de la China, por cuya conversion habia ya soportado inmensos trabajos, y exhalando su bendita alma en el acto piadoso de dar un tierno beso en las llagas del Redentor, terminase en un día de viernes la gloriosa carrera de su incomparable vida. ¡Oh playas desiertas y lejanas, oh islas, oh provincias, oh gentes! el que domó tantas naciones, el que conquistó tantos reinos, el que hizo tantos prodigios, el que rompió tantos ídolos, el que bautizó tantos ídólatras, Francisco Javier, digo, ha muerto. Pero vive, en cierto modo, vive en la memoria de las estupendas acciones que ha hecho; vive en el fervor de innumerables fieles que ha regenerado; vive en la fuerza y eficacia de bellos ejemplos, que, conti-

nuamente, inflaman y nos impulsan á magnánimas empresas; vive, en fin, en su precioso cuerpo que nos ha dejado, el cual, victorioso por muchas veces y por muchos meses de la cal viva, se conserva todavía incorrupto y como si tuviese respiración, á pesar de la muerte y del tiempo; y con admiración de infinitos pueblos, que, nunca satisfechos de verlo, acuden de todas partes, y observan que en él y por él se renuevan las antiguas y asombrosas maravillas. Vive, porque Dios, que quiso mostrarse grande en Francisco vivo, ya en los excesivos é inmensos trabajos que le hizo padecer en el ejercicio de su ministerio, y que el Santo soportó con fortaleza más que humana; ya en las innumerables y heroicas empresas para que le destinó en el cumplimiento de su ministerio, y que Javier desempeñó con la mayor celeridad; y ya en los singulares é inauditos portentos con que le honró en el curso de su ministerio, y que obró Francisco con un poder casi divino; quiere todavía manifestarse grande en Francisco aunque muerto. Y á la verdad, no puede pensarse nunca en él, ni muerto ni vivo, sin que una oculta é incontrastable fuerza nos obligue á exclamar diciendo: Tú eres grande, Señor, y hacedor de maravillas: Tú solo eres Dios.

Y despues de cuanto hemos expuesto, ¿qué otra cosa resta sino que vos, ¡oh gran Santo! os dignéis echarnos una mirada amorosa desde el alto trono de gloria á que habeis sido elevado, y que nos favorezcáis con vuestra poderosísima protección, bajo la cual tantos otros viven seguros y alegres? Por tanto, oid nuestras súplicas; y al mirar con ojos apacibles tantas tierras y ciudades, que en todas las partes del mundo quemán incienso en vuestro honor y os dedican altares, dignaos fijaros algún tanto sobre los circunstantes, y agradecer la devoción y el obsequio de los que, invocándoos con el dulce título de protector, pretenden tener derecho para que los mireis con distinción, y para participar en gran copia de vuestros singulares y abundantísimos beneficios. Así sea.

PANEGÍRICO
DE SAN FRANCISCO DE PAULA.

Ego minimus in domo patris mei.
Yo el menor en la casa de mi padre.
(Juv. vi. 45.)

Francisco, preciosa joya y ornamento de Paula, donde vió la luz; varón tan extraordinario y santo, venerado universalmente como un ángel; gran solitario, patriarca, profeta y verdadero taumaturgo; que durante el periodo de una vida dilatadísima, tan llena de años como rica de merecimientos, renovó las maravillas de los primeros siglos del Cristianismo; cuyas raras y eminentes virtudes son otros tantos prodigios; que ofrecen al orador sagrado, al par que vasto campo, inagotable caudal de reflexiones y alabanzas en elogio de memoria tan esclarecida. Por otra parte, tan grande es la copia y esplendor de sus ilustres y magníficas empresas, que difícil fué, atrevido y arriesgado, el propósito de recogerlas todas y reunir las en una sola oración. Porque: ¿cómo pudiera encerrar en tan limitado espacio, los vuelos con que era arrebatado de cuerpo y espíritu en sus habituales y fervorosas contemplaciones; ó cómo pudiera enumerar las muchas predicciones de cosas distantes en el tiempo y en el espacio, descubiertas por él y anunciadas con luz profética, ó señalar las portentosas obras de aquella fé, con la cual apacigua repetidas veces la furia de los vientos y del fuego, ó manifestar aquellos sublimes dones con que le enriqueció y colmó el Señor? ¿Cómo pudiera, en fin, celebrar dignamente á un varón, de cuya santidad, aunque oculta y sepultada la fama en cuevas y yermos, pronto se difundió por toda Europa, penetró hasta en las córtes, y llenó de admiración á las gentes? Empero, ya que me he comprometido á hablar de él, dejando para mejores ingenios la gloria de tratar de cosas más grandes y luminosas, procuraré acomodar á mi condición el elogio del Santo, ateniéndome á las cosas bajas y humildes, y

especialmente, á aquella de la cual tal vez más se preciaba; á aquella, por la cual, como el buen Gedeon, llevó él y toda su Orden el excelente nombre de Mínimo. Hablaré de la humildad de Francisco, hermanos míos, y prescindiré de otros dones suyos; y hablando de ella me detendré en determinados grados, lo cual comunicará cierto orden á mi discurso. Y si llegó á demostraros cuan eminente fué en esta virtud, fundamento de todas, os habré manifestado, sin necesidad de otro argumento, cuán eminente y perfecto fué en las demás virtudes: *A. M.*

Aunque el Santo, cuyo elogio me ha sido confiado, estuviéra dotado de toda suerte de virtudes, puede muy bien decirse, que habia nacido, especialmente, para exaltar la más difícil de todas: la humildad. La Providencia, que vela siempre por los escogidos, y que con suave vigor dispone los medios para el fin que se ha propuesto, y pone con mano invisible los fundamentos de la santidad, ordenó: que naciese Francisco, despues de muchos ruegos y votos, de una madre humillada por una esterilidad de más de tres lustros, y que la humildad no encontrase obstáculos ni en sus padres, ni en su condicion, ni en su pátria. Ordenó, que naciese en determinado tiempo, y se educase en lugar donde las turbulencias y discordias habian hecho abandonar las escuelas y las ciencias, á fin de que el saber mundano no fuese para él ocasion de orgullo. Ordenó, que no tuviese otros maestros que unos sencillos y devotos Menores, donde pudiese aprender el espíritu y la ciencia de sus santísimos fundadores, quienes se habian escondido en la soledad para sustraerse á la engañosa estimacion de los hombres. Así es, que fortalecido con tal auxilio y ejemplo, dióse el afortunado jóven con tanto esmero al cultivo de la humildad; y con tan provechosos resultados, que llegó á poseerla en aquel altísimo grado de perfeccion que pocos alcanzan sino á costa de mucho trabajo.

El primer grado de humildad, dicen los santos doctores y directores espirituales, es sentir bajamente de sí mismo y despreciarse. Esto fué lo primero que aprendió Francisco siendo aún niño; y tantas y tan extraordinarias pruebas dió de este grado de humildad, que si yo acertase á exponerlas dignamente, bastarian para granjearle el nombre de humildísimo. No contaba Francisco tres lustros, cuando, regresando de la peregrinacion de Asís y del monte Casino, pidió con insistencia y obtuvo de sus padres, el permiso para retirarse á un bosque y hacer penitencia. Allí, una gruta incómoda y oscura en el sitio más lóbrego de la selva, sin más ajuar que una piedra, que

le servia de lecho para atormentarle así en el sueño como en el descanso, sin más alimento que yerbas y raices, y algunas secas y escasas legumbres, que nunca las comía ántes de ponerse el sol; sin otro vestido que una humilde túnica y el cilicio, que nunca dejó sino para tomar otro más molesto y punzante, sin hacer otra cosa que meditar, llorar y darse ásperos azotes, emprendió el tierno y delicado anacoreta una vida áspera y dura, casi bastante para asombrar á los Pablos, Antonios é Hilariaciones; y allí permaneció solo, sepultado en aquella horrible caverna cerca de seis años, hasta que la fama lo descubrió y le obligó á salir de ella la caridad para con el prójimo.

Y ¿de quién hablo yo, Dios mio, al recordar tan inusitados rigores? ¿Trátase tal vez de un jóven disoluto, que por haberse entregado á los placeres y al pecado tiene necesidad de expiar sus muchas y graves faltas? Si así fuese, su conducta seria todavía de alabar, aunque no fuese igualmente de admirar; porque, ¿hay cosa más justa que la penitencia cuando el hombre está penetrado del horror de la culpa? Entónces aparecen en la mente las funestas y espantosas imágenes de la indignacion divina, de los severos juicios de Dios y de las penas eternas. No es de maravillar, pues, que en tal situacion, el hombre haga esfuerzos para aplacar la ira del Cielo con lágrimas y sangre. Pero ¿qué necesidad tenia de todo esto el jóven Francisco, no habiendo consentido nunca en pecado grave, ni cometido deliberadamente la más leve falta? ¿Qué necesidad tenia de mortificar la gula, quien desde su cuna se habia consagrado al ayuno, ni de atormentar la carne quien levó al sepulcro su candor virginal, ni de derretirse en lágrimas el que era un modelo de sumision, de paciencia, de modestia, de devocion y de todas las demás virtudes? ¿Eran por ventura delitos dignos de castigo la mansealumbre, la piedad, la oracion, la pobreza voluntaria, la inocencia, la santidad de vida, y tantas otras preciosísimas dotes que lo enriquecian? Luego, si este inocente, sin tener culpas ni mancha alguna en sus costumbres, se trataba con tanta dureza, bien podremos decir, que se despreciaba y odiaba á sí mismo, teniendo en muy poco la vida del cuerpo, al cual castigaba tan ásperamente mientras permaneció en su cueva. ¿Qué digo en la cueva? ¡Ah! no; no quedó sepultado en ella el desprecio que Francisco tenia de sí mismo, ni el trueque de lugar alteró su costumbre de castigar el cuerpo; que cuanto más se debilitaban las fuerzas de éste, tanto más crecía el rigor del ánimo para someterle á mayores pruebas. Ángelo, Florentino, Nicolás, Juan, vosotros los primeros discípulos de Francisco, y que por tanto tiempo fuisteis sus compañeros, harto visteis si fueron las delicias de su mesa otra cosa que

yerbas, frutas y legumbres y agua. ¿Cuántas veces le visteis pasar días y semanas sin tomar alimento alguno? ¿Cuántas veces le visteis, fatigado de dilatados y penosos viajes, pasar en vigilia las noches, sin conceder á su cuerpo el menor alivio? ¿Cuántas veces le oísteis prorumpir en gemidos y sollozos? ¿Cuántas azotarse sin piedad, hasta bañar el pavimento con su sangre? El oficio más humilde y enojoso ¿no lo desempeñaba entre vosotros siempre Francisco? ¿No vestía el hábito más ruin, no tenía por sabroso el pedazo de pan más duro, no se reservaba siempre el aposento más angosto é incómodo? ¿Hubiera podido tratarse peor, ni tenerse por más vil é indigno, aún cuando hubiese sido un vicioso, un impío ó un criminal?

Y no juzgueis, hermanos míos, que fuese de genio áspero, ántes era de condicion suavísima, de costumbres apacibles, siempre compasivo con los demás, benigno y dulcísimo con todos, recibiendo siempre con afabilidad, favoreciendo y honrando á las personas con quienes trataba. Solo contra sí mismo parecía de diferente indole; solo para sí no cabía piedad en su pecho, ni podía sufrir ser apreciado de los demás, ni buscaba más que ser despreciado, ó á lo ménos olvidado, que es un grado de humildad más noble y sublime. Había aumentado con la celebridad de las virtudes del Santo el número de sus discípulos de tal suerte, que no pudiendo caber en el convento de Paula, tuvieron que distribuirse por varios lugares vecinos. La razon y la conveniencia pedían de consuno, que para mantener en todos su santo propósito, se ordenase una manera de vivir para la observancia común, y que la nueva Regla fuese confirmada por la autoridad de la Silla apostólica, como todos lo deseaban ardentemente y lo pedían con piadosa insistencia. Solo Francisco, que era el pastor de aquella pequeña grey, y como tal la amaba con mucha mayor ternura que los demás, se opuso á esta idea; solo él no quiso procurar que su naciente familia se erigiese en Orden, por temor al título de fundador y padre que de justicia se le debía y se le hubiera dado. Y para apartar de sí el título y la gloria de superior, y para tener léjos de sí y transferir á otros los honores del mando, halló traza su humildad de que sus discípulos, sin otro título que el de ermitaños penitentes, viviesen bajo la obediencia de sus respectivos diocesanos. ¿Quién vió jamás un hecho tan nuevo y generoso, que un padre tierno expusiese la existencia de su amada prole solo por huir de la gloria inherente á la fecundidad, ó la privase de sus justos derechos únicamente por no tener él que disfrutar de sus privilegios? Empero, lo que no aconteció con ningún padre, ni con ningún santo patriarca, aconteció con el humildísimo Francisco de Paula, cuya virtud llegó

á una eminencia tal, que por no ser considerado como fundador de una nueva Orden, omitió, por espacio de cuarenta años, el pedir que así la declarase el Vicario de Jesucristo, aún á riesgo de exponerla á todas las contingencias naturales. Y no satisfecho con eso, cuando por instancia del arzobispo de Cosenza vino aprobada la Orden, suplicó que se le diese el nombre de Mínimo en la Iglesia de Dios, no pudiendo conseguir de él que aceptase su gobierno, hasta que le obligó á ello la obediencia al Sumo Pastor, quien, no obstante su resistencia, se lo confirió en un diploma especial. ¡Oh bella y santa humildad, cuán rara eres en nuestros días! ¡Oh enseñanza útil é importante, digna de ser estudiada de cuantos se dedican al servicio de Dios! Pero volvamos á nuestro Santo.

Nombrado, á pesar suyo, moderador supremo de la Orden, ¿qué no haría para hacer olvidar su autoridad, y esconder á la vista de los demás el honor de su nuevo cargo? ¿Cuándo pronunciaron sus labios una palabra ó un acento que supiese á mando? ¿Cuándo dejó de usar el tono y lenguaje de súbdito que ruega? ¿Cuándo dejó de manifestarse reverente con sus súbditos, y de estimarlos á todos por más dignos que él? ¿Cuándo dejó de servir la mesa como un donado, ó de servir de criado de los enfermos? ¿Cuándo dejó de ir á pedir limosna, ó de trabajar en el huerto, ó de ocuparse en los oficios más humildes del monasterio? ¿Cuándo aconteció, que en la erección de tantos conventos el general no fuese el primero en el trabajo, sirviendo de peon para relevar de la fatiga á los demás? ¿Cuándo dejó de evitar la menor sombra de distincion ocultando su dignidad, y presentándose como el hombre más miserable, inepto y despreciable de este mundo? Una cosa tan solo pudo vencer su humildad: la grandísima caridad para con el prójimo, en la cual estaba inflamado el Santo. Era ésta tan poderosa en Francisco, que le hizo usar del imperio que el Señor le había concedido sobre la naturaleza, mandando á los elementos, á las tempestades, á las calenturas, á las llagas, á la vida y á la muerte; haciéndose obedecer de todos los elementos para confundir á los incrédulos, ablandar á los empedernidos, ó socorrer á los necesitados. Vióse cómo á su mandato refrenaba el mar sus espumosas olas, templaban su orgullo los vientos, cambiaba la tierra de fáz, brotaba de las piedras agua dulcísima, perdía su ardor el fuego, se abría y cerraba el cielo á las lluvias, curábanse de sus dolencias los enfermos, devolvía sus víctimas la muerte, y trastornaba la naturaleza sus leyes invariables para sujetarse á la voluntad del Santo. Pero, aún en medio de tantos prodigios, halló medio la humildad de Francisco para evitar las ovaciones y los honores, ya

obrándolos en secreto, ya atribuyéndolos á la virtud de algunas cosas que distribuía.

El relato de sus maravillas haría sin duda prolijo mi discurso; mas para no omitirlas todas, referiré una, por la cual se podrá conocer cuán enemigo era el Santo de toda gloria mundana, y cuán ingenioso para evitarla. Recordad, hermanos míos, el grave peligro que corrió la Italia, y con ella toda la república cristiana, cuando estuvo amenazada de caer en poder de Mahometo II, ó sea del mayor enemigo del nombre y de la fé de Cristo. Este príncipe, del cual se sirvió el Señor como de instrumento de su cólera para castigar la desunión de las iglesias de Oriente, despues de haber conquistado el imperio griego y llenado las ciudades de desolacion y muerte, iba pensando en extender sus conquistas hasta el romano. Y como su poder no era inferior á su ambicion, lisonjébase en el feliz éxito de su intento si conseguia ocultarlo, ocupando por sorpresa alguna plaza de las costas de Italia. Corrian, pues, grave riesgo la fé y la Iglesia, como lo reveló el Señor á Francisco, el cual anunció el proyecto á muchas gentes, exhortando á los pueblos á la oracion más que á los príncipes á la defensa. Empero, como acontece, frecuentemente, que los avisos de los buenos y de los humildes no son escuchados de los prudentes del siglo, no fueron creidas las palabras del Santo, y muchos las tuvieron por una impostura devota, lo cual le acarreó el desprecio y la irrision de no pocos. Llega, por fin, el tiempo vaticinado por Francisco, y con él el funesto acontecimiento anunciado. ¡Qué arrepentimiento, qué confusion, qué terror entonces en el corazón de los fieles! Desarmados los pueblos é impotentes para refrenar el ímpetu de los infieles vencedores, desesperando de poder sustraerse á la espada ó á las cadenas, no veían sinó la muerte ó la esclavitud. Lloraban inconsolables las madres, previendo la triste suerte de sus tiernos hijos. Gemían en su sagrado recinto las vírgenes, más temerosas de los ultrajes que de la muerte. Doliáse los sacerdotes al pensar que los templos serían convertidos en mezquitas, alzándose la media luna donde se adoraba la cruz; y en el acto de ofrecer el sacrificio, se disponían á servir de victimas al furor de los turcos. Y el mismo Pastor romano, que habia implorado infructuosamente el auxilio de los príncipes, ¿qué podia esperar sinó verse sacrificado con sus ovejas, y tener que abandonar la silla pontificia para que sirviese de trono al poder otomano? Pronto cubrióse de velas el canal de Otranto, y las playas vecinas se vieron inundadas por la soldadesca enemiga, que corría impaciente á la desolacion y al saqueo. Mas aquel Señor, que humilla las orgullosas olas con las

arenas de la playa, para salvar su nave de tan deshecha tormenta, al indomable poder del soberbio Mahometo opuso la virtud de este pobre y olvidado cenobita; y éste, despues de haber pronosticado el peligro, fué el que con la fortaleza de sus ruegos venció al tirano y echó fuera sus escuadrones. ¿Qué empresa mayor pudiera haber acometido Francisco, si hubiese sido capáz del sentimiento de la gloria para hacerse venerar del mundo, y ser considerado como libertador de Italia y defensor de la Iglesia? Bien lo previó su humildad; pues, á fin de alejar de sí el honor de la victoria, en el acto de despedirse del conde de Arena y de otros capitanes destinados á la empresa, que habian acudido á él, les infundió aliento distribuyéndoles algunos cirios benditos, y diciéndoles que confiasen en su virtud, que alcanzarían la victoria, como así aconteció. Mas por mucho que procurase nuestro humilde Santo ocultar los milagros que el Señor obraba por su medio, por mucho que procurase nuevas maneras de rebajarse en el concepto de los hombres, no pudo esta vez ocultar este memorable prodigio, ni evitar que volase la fama por todas partes y fuese aclamado y venerado. Y fué precisamente el más raro prodigio de su humildad, no experimentar la menor complacencia por tantos honores como justamente le tributaba el mundo; lo cual es el último grado de dicha virtud, tanto más perfecto y digno de alabanza, cuanto es más raro y difícil.

Ciertamente no ha de costar mucho poner freno al orgullo, y contentarse y reducirse á los límites de una cristiana moderacion en la sombra y abyeccion de una gruta ó de un yermo; pues con poco trabajo puede el sábio moderarse cuando no oye los aplausos que se tributan á su mérito, ni tiene quien le alabe sinó su amor propio. Empero, cuando con esclarecidos hechos alcanza el hombre la admiracion, el aplauso y las alabanzas privadas y públicas, y se ve honrado de todas las gentes; ¿cuán difícil es, no dejarse llevar del aprecio y complacencia de sí mismo! Este fué el mayor triunfo de Francisco. ¿Cuántos honores tributó el mundo al Santo, viéndole adornado con tantos dones y obrar tantos milagros? Además de las aclamaciones del pueblo, ¿cuántas visitas é invitaciones no tuvo de los grandes, y con qué reverencia no fué acogido por príncipes y prelados? Cuando oigo, que legados pontificios y embajadores régios ván á buscarle sollicitos á los confines de la Calabria; cuando veo, que en la córte de Nápoles, un rey orgulloso sufre la repression de sus faltas, y postrado en tierra pide la bendicion, junto con su consorte y toda la familia real, y acompaña al Santo hasta el embarcadero, y le besa públicamente los piés, y los baña con sus lágrimas; cuando le veo en Roma junto al

trono del Sumo Pontífice, quien le abraza tiernamente, le estrecha en su seno, le honra, le consulta, le escucha como director y maestro, siendo tambien respetado de los más eminentes personajes de la capital del mundo; cuando le contemplo llevado á Francia como vencedor con inusitada pompa, encontrando primero al Belín y luego á su padre, quien le recibe de rodillas como ángel bajado del Cielo, y le mira como árbitro y dispensador de la vida; cuando veo, que es preguntado sobre materias las más difíciles por los doctores más célebres de la Sorbona y por los más ilustres prelados de Francia, y observo, que sus respuestas son recibidas como otros tantos oráculos, y salen de él los que le consultan iluminados y satisfechos; ¡ay de mí! exclamo: ¿quién podrá resistir á tantos y tan formidables ataques? ¿quién sabrá cerrar los oídos á estas voces tan delicadas, queridas y lisonjeras?

¿En qué consistiría, pues, que embestida por tan contrarios vientos no naufragase la humildad de Francisco? En verdad que no puedo decirlo. Solo sé, que en medio del esplendor de los honores nunca quedó deslumbrada su humildad, ni llegó él á tenerse por mejor viéndose tan honrado. Porque cuanto mayores eran los obsequios que recibía, tanto mayores eran su confusion y vergüenza al recibirlos, y por tanto, más indigno se juzgaba. Y entre tantos honores llegó á pensar tan bajamente de sí el Santo, que navegando no lejos de Ostia con los embajadores de Francia y grandes de varios reinos, y habiendo sobrevenido una tempestad que puso en peligro el buque, dice varias veces á los marineros, como si fuese otro Jonás, que no cesará el peligro hasta que se le haya echado á él al mar. Y tan adelante pasó la humildad de Francisco, que mientras el Señor, por boca de su Vicario en la tierra, le animaba y confortaba para que se dejase consagrar sacerdote, dándole una señal ciertísima de la vocacion al santo ministerio, él nunca se tuvo por digno de acercarse al altar y ser elevado á tal dignidad. ¿Qué más queréis, hermanos míos? Basta con decir, que durante el largo periodo de veinte y cinco años que residió en Francia, considerado por cuatro reyes que en este tiempo imperaron, y por todos los grandes, como el protector de la real familia, y venerado de todos como santo, no dejó pasar dia sin rogar humildemente al Señor que aplacase su enojo, como si su permanencia en Francia debiese armar la diestra del Señor contra este reino, y atraerle la maldicion. ¡Oh sentimientos de elevadísima é incomparable humildad! ¿Se ha visto otra igual en el mundo?

Luego, si la humildad, segun la opinion de todos los santos é ilustres maestros, es la base y raiz de las demás virtudes; si es

aquella misteriosa vara con que se mide la anchura y elevacion de la ciudad santa, es decir, de la santidad y perfeccion de un alma; por la excelencia de la humildad de Francisco, de que he hablado, he demostrado, y cada uno de vosotros puede apreciar, el mérito y la extension del poder del Santo; de cuyo elogio me he encargado por obediencia y devocion. Asi que, no tengo necesidad de esforzarme en acrecentar vuestra veneracion al Santo, ni en impulsaros á que os pongais debajo de su poderosa proteccion, lo cual seria superfluo y aún ofensivo para vosotros; lo uno fuera calificaros de negligentes, lo otro estimular sin necesidad al que ya marcha velozmente. A vos me dirijo, pues, humildísimo Francisco de Paula, que en la dichosa mansion del Padre celestial no ocupais ya el lugar mínimo, que pretendisteis ocupar acá en la tierra, sino que estais entre los principes de su Corte; del alto y luminoso sitio de gloria donde os ha elevado vuestra profunda humildad, os ruego que volvais la vista á vuestros devotos siervos, que se postran humillados ante vuestro altar, implorando vuestra poderosa intercesion. Mirad el afecto, el amor, la ternura filial y la confianza que tienen en vos, y por los honores que os tributan sed siempre en el Cielo su abogado, su protector y su padre. *Amén.*

PANEGÍRICO

DE SAN FRANCISCO DE SALES, OBISPO.

Mensus est murum ejus... mensura hominis, quæ est angeli.

Midió la muralla con medida de hombre, que era la de ángel.

(APOC. XXI, 17.)

No una santidad singularmente agobiada con el peso de duras pruebas y de terribles penitencias; no una santidad noblemente gloriosa y llena de extraordinarios sucesos y milagros superiores á la comun inteligencia, sinó una santidad humilde, mansa, modesta, y casi puede decirse comun y ordinaria, es, amados hermanos, la que vengo á referir y celebrar al haceros en este dia el elogio del gloriosísimo S. Francisco de Sales. Con todo, por comun y ordinaria que parezca semejante santidad, es, sin embargo, grande, magnífica y verdaderamente admirable en si misma. Cual rio profundo, que sin enfurecerse con rudos choques contra sus puentes, con majestuoso paso camina siempre apacible por sus anchas orillas, y satisfecho por la fecundidad que dispensa, llega con calma al mar, tal es, hermanos míos, la santidad modesta á un tiempo y grandiosa de Francisco. Una santidad por lo tanto que se oculta y brilla, que se cree de simple hombre, y es, propiamente, de ángel, parece con razon, que marcada venia en aquella medida con que el extático de Patmos vió medir la celestial Jerusalén, que era medida de hombre y al mismo tiempo de ángel. Aquí es, por lo mismo, donde me fundo, carísimos hermanos, donde pienso fijarme para medir la grandeza de la santidad de S. Francisco de Sales. Por su modestia puede ser considerada como la santidad propia de un hombre; pero no hay duda que se eleva hasta igualarse con la más conspicua de los ángeles más sublimes que reinan en el Cielo; y digo de los más sublimes, en consideracion á que luchar en defensa del honor de Dios, proveer á la sa-

lud de las almas, y servir de confortativo á los espiritus débiles y atribulados, son misiones dignas de un Miguel, de un Rafael, de un Gabriel, y todas, cabalmente, supo desempeñarlas Francisco con su santidad tan modesta. Sustentó el honor de Dios, defendiendo la causa de la fé contra los herejes, apareciendo en esto revestido del espíritu de Miguel. Curó las llagas de las almas, encaminándolas suavemente por la senda de la salud, dando muestras de un corazon cual el de Rafael. Fué apoyo y sustento de los fieles débiles y agitados, ostentando en ello la fortaleza de Gabriel. En una palabra, se presentó Francisco como un compendio de todos los méritos y caracteres de los ángeles más excelsos. Antes de probarlo pidamos los auxilios de la gracia; acudiendo á la intercesion de la Santísima Virgen: A. M.

Combatir en defensa del honor de Dios por la verdad es empresa muy noble y verdaderamente digna de un arcángel. Francisco de Sales, desde sus mas tiernos años, oía las conversaciones con que sus piadosos padres lamentaban la prevaricacion de aquellos países que se habian separado de la Iglesia de Jesucristo. Sabia tambien por tradicion, y por interesantes historias que se le referian, que la herejia de Calvino, así como en Francia se enseñoreára de la Rochela, se habia asilado y hecho fuerte dentro de los muros de Ginebra, su pátria, en la Saboya, y que desde allí contaminaba con su letal aliento las vecinas comarcas. Lastimaban con frecuencia sus oidos la profanacion de los sagrados templos, la destruccion de augustos altares, el destierro de venerandos ministros, la contumacia, los errores, las blasfemias, los escándalos, y, en fin, todo lo que impulsa á menospreciar la divina fé y la piedad cristiana; y así como el eminente arcángel S. Miguel fué tocado de la prevaricacion de los ángeles impíos, de igual suerte penetró en el alma cándida de Francisco el celo por la honra de Dios; y del todo indignado, prometió desde entónces vengar los desacatos perpetrados contra Dios y contra su Evangelio. Vedle consagrarse por completo á Dios, mediante ejercicios y prácticas de la más sólida piedad. A medida que vá creciendo, parece crecer solo para su Dios; al trasladarse á las universidades de Paris y de Pavia, no le anima otra mira más que la de conquistar armas para combatir contra los enemigos de su Dios; al emprender sus viajes á Loreto y á Roma, solo se empeña en inflamarse más y más en el amor hácia su Dios. Concluidos los estudios vuelve á su afligida pátria, y se presenta al santo obispo Granieri, lleno de tanto fervor, que al verle, al oírle, no pudo ménos el venerable pre-